

CLÁSICOS JUVENILES



EL LIBRO
DE LA SELVA
RUDYARD
KIPLING

edebé



CLÁSICOS JUVENILES

Rudyard Kipling

El libro de la selva

Traducción: Raquel Solà

edebé

The Jungle Book fue publicado por primera vez en 1894.

© de esta edición: Edebé, 2019

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41

contacta@edebe.net

Directora de la colección: Reina Duarte

Traductora: Raquel Solà

Diseño de cubiertas: Book & Look

1.ª edición, mayo 2019

ISBN: 978-84-683-4166-8

Depósito legal: B. 7934-2019

Impreso en España (Printed in Spain)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Índice

I. Los hermanos de Mowgli.....	5
<i>Canción de caza de la Manada de Seeonee</i>	31
II. La caza de Kaa	33
<i>Canción de viaje de los «Bandar-log»</i>	66
III. ¡Tigre! ¡Tigre!	67
<i>La Canción de Mowgli</i>	89

Los hermanos de Mowgli

Chil el Milano nos trae ya la noche
 que Mang el Murciélago también ha anunciado.
 Los rebaños en establos y chozas encierran,
 pues acechamos hasta que el alba despierta.
 La hora del orgullo y del poder llega,
 hora de colmillos, de garras y zarpas.
 ¡Escuchad la llamada y a todos buena caza,
 los que guardáis la Ley de la Selva!

Canción nocturna de la selva

Eran las siete de una tarde muy calurosa en las colinas de Seeonee cuando Padre Lobo se despertó de su descanso diurno. Se rascó, bostezó y estiró las patas una tras otra para sacudirse la sensación de sueño que aún sentía en las puntas de sus garras. Madre Loba estaba echada con su gran hocico gris apoyado sobre sus cuatro chillones cachorros, que se revolcaban unos encima de otros. La brillante luz de la luna penetraba por la boca de la cueva donde todos ellos vivían.

—¡Aurg! —dijo Padre Lobo—. Ya es hora de salir a cazar.

Se disponía a tomar impulso para bajar saltando por la ladera, cuando una pequeña sombra con una tupida cola cruzó el umbral de la cueva y gimoteó:

—Que la buena suerte te acompañe, ¡oh, Jefe de los Lobos! Que tus nobles hijos también sean afortunados y tengan dientes fuertes y blancos, y que no se olviden jamás de los que pasan hambre en este mundo.

Era el chacal Tabaqui, el Lameplatos. Los lobos de la India desprecian a Tabaqui porque ronda de un lado a otro comiendo fechorías, contando mentiras, comiendo trapos y trozos de piel de los montones de basura de las aldeas. Sin embargo, también lo temen, porque Tabaqui, más que nadie en la selva, es capaz de volverse loco y, entonces, se olvida de que alguna vez ha tenido miedo de alguien y atraviesa la selva a toda prisa, mordiendo todo lo que encuentra a su paso. Incluso el tigre corre y se esconde cuando el pequeño Tabaqui enloquece, pues la locura es la cosa más vergonzosa que le puede suceder a una criatura salvaje. Nosotros lo llamamos hidrofobia, pero ellos lo denominan *dewanee* (la locura) y huyen de ella.

—Pasad, pues, y echad un vistazo —dijo Padre Lobo fríamente—; pero aquí no hay comida.

—Para un lobo no —replicó Tabaqui—, pero para alguien tan insignificante como yo, un hueso seco es un buen festín. ¿Quiénes somos nosotros, los *Gidur-log* (el Pueblo Chacal), para andarnos con remilgos?

Se escabulló hasta el fondo de la cueva, donde encontró el hueso de un gamo con algo de carne pegada en él, y se sentó a roer su extremo alegremente.

—Muchas gracias por esta deliciosa comida —dijo relamiéndose los labios—. ¡Qué hermosos son vuestros nobles hijos! ¡Qué grandes son sus ojos! ¡Y también qué jóvenes! Claro, claro, debería haber recordado que los hijos de los Reyes son hombres desde que nacen.

Por supuesto, Tabaqui sabía, como todo el mundo, que no hay nada tan desafortunado como halagar a los hijos estando ellos presentes, y le complació ver que Madre y Padre Lobo parecían molestos.

Tabaqui se quedó allí sentado, regocijándose de la travesura que había cometido, y añadió con malevolencia:

—Shere Khan el Grande ha cambiado su zona de caza.

Me ha dicho que la siguiente luna cazará por estas colinas.

Shere Khan era el tigre que vivía cerca del río Waingunga, a unas veinte millas.

—¡No tiene derecho! —exclamó Padre Lobo furioso—. Según la Ley de la Selva, no tiene derecho a cambiar de territorio sin previo aviso. Asustará a todas las presas en diez millas a la redonda y yo..., yo ahora tengo que matar por dos.

—Su madre lo llamó Lungri (el Cojo) por algo —surró Madre Loba—. Es cojo de una pata de nacimiento. Por ello solo caza ganado. Los aldeanos de la ribera del Waingunga ya están furiosos con él y ahora viene aquí para enfurecer a *nuestros* aldeanos. Rastrearán la Selva en su búsqueda cuando él ya esté lejos, y nosotros y nuestros hijos tendremos que huir cuando incendien la hierba. ¡Pues vaya si estamos agradecidos a Shere Khan!

—¿Entonces, le digo que estáis agradecidos? —preguntó Tabaqui.

—¡Fuera! —ordenó Padre Lobo—. ¡Fuera de aquí, id a cazar con vuestro amo! ¡Ya habéis hecho bastante daño por una noche!

—Me voy —se despidió Tabaqui en voz baja—. Vosotros mismos podéis oír a Shere Khan ahí abajo entre los matorrales. Podría haberme ahorrado el mensaje.

Padre Lobo se puso a escuchar. Desde el valle que se extendía más abajo y llegaba hasta un riachuelo, se oía el seco, furioso y amenazador gemido monótono de un tigre que no ha cazado nada y no le importa que toda la Selva se entere.

—¡Qué estúpido! —exclamó Padre Lobo—. ¡A quién se le ocurre empezar a cazar por la noche armando tanto ruido! ¿Acaso cree que nuestros gamos son como sus gordos bueyes de Waingunga?

—¡Chsss! Esta noche no caza ni gamos ni bueyes. Se trata del hombre —dijo Madre Loba.

El gemido había pasado a ser una especie de ronroneo vibrante que parecía provenir de todos los puntos cardinales. Era el sonido que confunde a leñadores y gitanos que duermen al raso y que algunas veces les hace correr directamente hacia la boca del tigre.

—¡Un hombre! —exclamó Padre Lobo, mostrando todos sus blancos dientes—. ¡Puaj! ¿Es que no hay suficientes escarabajos y ranas en las charcas que tiene que comer hombre y, además, en nuestras tierras?

La Ley de la Selva, que nunca ordena nada sin que haya alguna razón para ello, prohíbe a todas las bestias comer hombre, excepto cuando maten para enseñar a sus hijos cómo matar, y entonces tendrán que atraparlo fuera de la zona de caza de su manada o tribu. El motivo real de ello es que matar al hombre significa que, tarde o temprano, llegan hombres blancos con pistolas montados en elefantes y cientos de hombres de piel morena con gongs y bengalas y antorchas. Luego, todos los habitantes de la selva sufren. La razón que esgrimen las bestias entre ellas es que el hombre es la criatura más débil y más indefensa de todos los seres, y no es deportivo atacarle. También dicen (y eso es cierto) que los comedores de hombres se vuelven sarnosos y pierden los dientes.

El ronroneo se hizo más intenso hasta culminar en el «¡aaaarr!» a pleno pulmón del ataque del tigre.

Después se escuchó un aullido, un aullido que no parecía de tigre, aunque era de Shere Khan.

—Ha fallado —aseguró Madre Loba—. ¿Qué es eso?

Padre Lobo avanzó unos pasos y oyó que Shere Khan murmuraba y mascullaba salvajemente mientras se revolcaba entre la maleza.

—Es tan tonto que no se le ha ocurrido otra cosa que saltar sobre la hoguera de un leñador y se ha quemado las patas —dijo Padre Lobo con un gruñido—. Tabaqui está con él.

—Algo sube por la ladera de la colina —anunció Madre Loba, torciendo una oreja—. Preparaos.

Los matorrales crujieron un poco en la espesura y Padre Lobo se agazapó flexionando sus patas traseras, listo para saltar. Entonces, si hubieses estado observando, habrías visto la cosa más maravillosa del mundo: el lobo se detuvo en mitad del salto. Había tomado impulso antes de ver sobre lo que se abalanzaba y luego intentó detenerse. El resultado fue que salió disparado hacia arriba unos cuatro o cinco pies y aterrizó casi en el mismo sitio.

—¡Un hombre! —exclamó—. ¡Un cachorro de hombre! ¡Mirad!

Justo delante de él, sujetándose en una rama baja, había un bebé moreno, desnudo, que apenas sabía andar; era la cosita regordeta más suave y menuda que jamás hubiese entrado en la cueva de un lobo por la noche.

El bebé alzó la vista para mirar directamente a Padre Lobo a la cara y se echó a reír.

—¿Esto es un cachorro de hombre? —preguntó Madre Loba—. Nunca había visto uno. Traedlo aquí.

Un lobo acostumbrado a trasladar a sus lobeznos, si es necesario, sujeta con la boca un huevo sin romperlo y, de este modo, las mandíbulas de Padre Lobo se cerraron justo sobre la espalda del niño sin que ni un solo diente causara ni un rasguño en su piel cuando lo dejó entre sus cachorros.

—¡Qué pequeño! ¡Qué desnudo y... qué calvo! —dijo Madre Loba cariñosamente. El bebé se abrió camino entre los cachorros para acercarse al cálido pelaje—. ¡*Ahai!* Está comiendo con los demás. Así que esto es un cachorro de hombre. Y pues, ¿ha habido alguna vez un lobo que pueda alardear de tener a un cachorro de hombre entre sus hijos?

—Alguna vez he oído que ha sucedido algo así, pero nunca en nuestra Manada ni en mi época —reconoció Padre Lobo—. No tiene ni un solo pelo y podría matarle con tan

solo tocarle con mi garra. Pero fíjate, nos observa y no tiene miedo.

De pronto, la luz de la luna dejó de entrar por la boca de la cueva, pues la gran cabeza cuadrada y los hombros de Shere Khan tapaban la entrada. Tabaqui, tras él, chillaba:

—¡Mi señor, mi señor, ha entrado aquí!

—Shere Khan nos hace un gran honor —saludó Padre Lobo, si bien sus ojos mostraban que estaba muy furioso—. ¿Qué quiere Shere Khan?

—Mi presa. Un cachorro de hombre que ha entrado aquí —dijo Shere Khan—. Sus padres han huido. Entregádmelo.

Shere Khan había saltado sobre la hoguera de un leñador, tal como Padre Lobo había dicho, y estaba furioso por el dolor que le causaba su pie quemado. Pero Padre Lobo sabía que la boca de la cueva era demasiado estrecha para que un tigre pudiese entrar. Incluso donde estaba, los hombros y las zarpas delanteras de Shere Khan estaban apretujados por falta de espacio, así como lo estaría un hombre si intentase luchar dentro de un barril.

—Los lobos son seres libres —replicó Padre Lobo—. Reciben órdenes del Jefe de la Manada y no de ningún matabueyes rayado. El cachorro de hombre es nuestro y solo lo mataremos si nosotros queremos.

—¡Qué es eso de si queréis o no queréis! ¿Qué cuento es ese de si queréis? ¡Por el buey que maté! ¿Es que voy a tener que entrar en vuestra perrera a buscar lo que en justicia es mío? ¡Soy yo, Shere Khan, quien habla!

El rugido del tigre resonó en la cueva como un trueno. Madre Loba se libró de los lobatos y saltó hacia delante, con sus ojos brillando como dos verdes lunas en la oscuridad, enfrentándose a los centelleantes ojos de Shere Khan.

—Y yo soy Raksha (el Demonio), quien responde. ¡El cachorro de hombre es mío, Lungri, mío y solo mío! ¡Y nadie lo matará! Vivirá y correrá con la Manada y cazará

con la Manada. Y escuchad bien, vos, cazador de cachorros desnudos, comerranas, matapeces: ¡al final, él os cazará a vos! ¡Ahora, salid de aquí o, por el cévido que maté (pues YO no como ganado muerto de hambre), volveréis junto a vuestra madre, bestia chamuscada de la Selva, más cojo de lo que vinisteis al mundo! ¡¡Fuera!!

Padre Lobo la miró asombrado. Ya casi había olvidado aquellos días en los que había conseguido a Madre Loba en noble lucha contra cinco lobos, cuando ella corría con la Manada y no la llamaban el Demonio como cumplido. Shere Khan podría enfrentarse a Padre Lobo, pero no podría luchar contra Madre Loba, ya que sabía que, allí donde estaba, ella tenía la ventaja de conocer el terreno y lucharía a muerte. De modo que retrocedió para salir de la entrada de la cueva gruñendo y, cuando estuvo fuera, gritó:

—¡Cada gallo canta en su gallinero! Ya veremos lo que dice la Manada acerca de adoptar cachorros de hombre. ¡El cachorro es mío y entre mis colmillos acabará, ladrones de cola peluda!

Madre Loba se echó entre los cachorros jadeando y Padre Lobo le dijo con voz grave:

—Shere Khan lleva razón. Debemos presentar el cachorro a la Manada. ¿Aún deseáis quedároslo, Madre?

—¿Quedármelo? —repitió con voz entrecortada—. ¡Ha llegado desnudo, de noche, solo y muy hambriento y, aun así, no tiene miedo! ¡Fijaos, ya ha apartado a uno de mis lobatos! ¡Y ese asesino cojo le habría matado y huido después al Waingunga, mientras los aldeanos de estas tierras vendrían a cazarnos a nuestras guaridas en busca de venganza! ¿Quedármelo? Por supuesto que me lo quedaré. Descansad tranquilo, ranita, Mowgli, puesto que Mowgli la Rana os llamaré. Llegará el día en que perseguiréis a Shere Khan, pues él os ha perseguido a vos.

—¿Pero qué dirá nuestra Manada? —preguntó Padre Lobo.

La Ley de la Selva establece con toda claridad que, cuando se casa, todo lobo puede abandonar la Manada a la que pertenece; sin embargo, tan pronto como sus lobatos son lo suficientemente mayores como para tenerse en pie, debe presentarlos al Consejo de la Manada, que se suele celebrar una vez al mes cuando hay luna llena, para que los demás lobos puedan identificarlos. Después de pasar este reconocimiento, los lobatos pueden correr por donde les plazca y hasta que no hayan dado muerte a su primera presa no se acepta ninguna excusa si un lobo adulto de la Manada mata a uno de ellos. El castigo es la muerte allí mismo donde el asesino sea encontrado y, si lo pensáis un momento, veréis que está bien que sea así.

Padre Lobo esperó hasta que sus cachorros pudiesen correr un poco y, luego, cuando llegó la noche de la reunión de la Manada, se los llevó con Mowgli y Madre Loba al Consejo de la Roca: una cima cubierta de piedras y rocas donde cientos de lobos podían ocultarse. Akela, el gran Lobo Solitario gris que lideraba toda la Manada con firmeza y astucia, estaba echado cuan largo era sobre su roca y, un poco más abajo, se sentaban cuarenta o más lobos de todos los tamaños y colores, desde los veteranos de color tejón que podían ocuparse solos de una presa, hasta los jóvenes de tres años de pelaje negro que creían que podían. Hacía ya un año que Lobo Solitario los lideraba. En su juventud había caído dos veces en una trampa para lobos y, en una ocasión, había sido apaleado y dado por muerto, de modo que sabía las costumbres de los hombres y cómo se las gastaban.

Poco se hablaba en la Roca. Los cachorros se revolcaban unos encima de otros en el centro del círculo formado por sus madres y sus padres allí sentados y, de vez en cuan-

do, un lobo adulto se dirigía en silencio hasta un lobato, lo miraba atentamente y volvía a su sitio sin hacer ruido alguno. A veces, una madre empujaba hacia la luz de la luna a su cachorro, que se había alejado, para asegurarse de que no pasase desapercibido. Akela, desde su roca, exclamaba:

—Conocéis la Ley, conocéis la Ley. ¡Observad bien, oh, Lobos!

Y las preocupadas madres repetían la llamada:

—¡Observad..., observad bien, oh Lobos!

Por fin, y los pelos de la nuca de Madre Loba se erizaron cuando llegó la hora, Padre Lobo empujó a «Mowgli la Rana», cuando le llamaron, hacia el centro del círculo, donde se sentó riendo y jugando con unos guijarros que brillaban bajo la luz de la luna.

En ningún momento Akela alzó la cabeza, que tenía apoyada en sus garras, sino que siguió con el monótono grito:

—¡Observad bien!

Se escuchó entonces un rugido apagado que provenía de detrás de las rocas; era la voz de Shere Khan bramando:

—El cachorro es mío. Entregádmelo. ¿Qué tiene que ver el Pueblo Libre con un cachorro de hombre?

Akela ni siquiera movió sus orejas en ningún momento, pero repuso:

—¡Observad bien, oh, Lobos! ¿Qué tiene que ver el Pueblo Libre con las órdenes de nadie que no pertenezca al propio Pueblo Libre? ¡Observad bien!

Se produjo un coro de graves gruñidos y un joven lobo que se encontraba en su cuarto año volvió a repetir la pregunta de Shere Khan a Akela:

—¿Qué tiene que ver el Pueblo Libre con un cachorro de hombre?

La Ley de la Selva establece que, si hay una disputa por el derecho a que un cachorro sea aceptado por la Manada,

por lo menos tienen que hablar en su favor dos miembros de la Manada que no sean su Padre y su Madre.

—¿Quién habla en favor de este cachorro? —preguntó Akela—. Entre el Pueblo Libre, ¿quién habla a favor de este cachorro?

No hubo respuesta alguna y Madre Loba se preparó para lo que ella sabía que sería su última pelea si las cosas llegaban al extremo de tener que luchar.

Entonces, la única otra criatura a la que se permitía asistir al Consejo de la Manada, Baloo, el tranquilo oso pardo que enseña a los lobatos la Ley de la Selva, el viejo Baloo, que puede ir y venir a donde le plazca porque solo come frutos secos, raíces y miel, se alzó sobre sus cuartos traseros y gruñó.

—¿El cachorro de hombre...? —intervino él—. Yo *hablo* en favor del cachorro de hombre. Un cachorro de hombre no es peligroso. No tengo el don de la palabra, pero lo que digo es cierto. Dejad que corra con la Manada y se relacione con los demás. Yo mismo le enseñaré.

—Aún necesitamos a otro miembro —sentenció Akela—. Baloo ha hablado y él es el maestro de nuestros jóvenes lobatos. ¿Quién habla en su favor, además de Baloo?

Una sombra negra cayó dentro del círculo. Era Bagheera, la Pantera Negra; toda ella negra como la tinta, aunque lucía las manchas propias de la pantera que se percibían brillantes bajo según qué luz, como las aguas tornasoladas de la seda. Todo el mundo conocía a Bagheera y todos procuraban no cruzarse en su camino, pues era tan astuta como Tabaqui, tan audaz como un búfalo salvaje y tan temeraria como un elefante herido. No obstante, tenía la voz tan dulce como la miel salvaje que gotea de un árbol, y la piel más suave que el plumón.

—¡Oh, Akela!, y vosotros, el Pueblo Libre —ronroneó—, yo no tengo derecho a intervenir en vuestra asam-

blea, pero la Ley de la Selva establece que, si surge una duda que no sea sobre cuestiones de vida o muerte respecto a un nuevo cachorro, la vida de este cachorro puede comprarse a un precio. Y la Ley no dice quién puede o no puede pagar este precio. ¿Estoy en lo cierto?

—¡Bien! ¡Bien! —exclamaron los lobos jóvenes, que siempre tienen hambre—. Escuchad a Bagheera. El cachorro puede ser comprado a un precio. Es la Ley.

—Sabiedo que no tengo derecho a hablar aquí, os pido permiso para hacerlo.

—¡Hablad entonces! —exclamaron veinte voces.

—Matar a un cachorro desnudo es una vergüenza. Además, cuando haya crecido, puede seros de gran utilidad. Baloo ha hablado a su favor. Pues a la palabra de Baloo añadiré un gordo buey que acabo de matar y que no está ni a media milla, si aceptáis al cachorro de hombre según la Ley. ¿Qué os parece?

Estalló el clamor de un coro de diferentes voces que decían:

—¿Y qué más da? Morirá con las lluvias de invierno. Se chamuscará bajo el sol. ¿Qué daño puede hacernos una rana desnuda? Permitid que corra con la Manada. ¿Dónde está el buey, Bagheera? Dejad que sea aceptado.

Y entonces se oyó de nuevo el grave aullido de Akela, que gritó:

—¡Observad bien..., observad bien, oh, Lobos!

Mowgli aún seguía interesado en los guijarros y no se dio cuenta de que los lobos se acercaban y le miraban uno a uno. Al fin bajaron por la colina en busca del buey muerto y solo quedaron Akela, Bagheera, Baloo y la familia de lobos de Mowgli. Shere Khan aún rugía en la noche, pues estaba muy furioso porque no le habían entregado a Mowgli.

—Haces bien en rugir ahora —dijo Bagheera, por debajo de sus bigotes—, ya que llegará el día en que esta

criatura desnuda te hará rugir de otro modo, o yo no sé nada del hombre.

—Se ha obrado bien —concluyó Akela—. Los hombres y sus cachorros son muy inteligentes. Puede que algún día sea de ayuda.

—Ciertamente, una ayuda en tiempos de necesidad, pues nadie puede pretender ser el líder de la Manada para siempre —añadió Bagheera.

Akela no dijo nada. Pensaba en el momento que llega a todos los jefes de manada cuando les abandonan las fuerzas y cada vez son más débiles, hasta que finalmente otros lobos acaban con él y surge un nuevo jefe, que a su vez también acabará muerto.

—Lleváoslo —ordenó a Padre Lobo—, y educadle como corresponde a un miembro del Pueblo Libre.

Y así es como Mowgli entró a formar parte de la Manada de Lobos de Seonee al precio de un buey y las palabras a su favor de Baloo.

* * *

Ahora os tendréis que contentar con saltar diez u once años en el tiempo e imaginaros la maravillosa vida que Mowgli pasó entre los lobos, porque si tuviera que escribirla llenaría demasiados libros.

Creció con los lobatos, aunque ellos, por supuesto, se convirtieron en lobos adultos casi antes de que él llegase a ser un niño. Padre Lobo le enseñó lo que tenía que hacer y el sentido de las cosas en la Selva, empezando por todos los sonidos de los distintos roces en la hierba, cada aliento en el cálido aire de la noche, cada nota de los búhos sobre su cabeza, cada rasguño de las garras del murciélago cuando se posa un momento en un árbol o cada chapoteo de todos los pececillos que saltan en un estanque, y que significaban